
CONSEJO DE REDACCIÓN

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)

*Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel
Director adjunto: P. Dr. Lucio Florio
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

	3	La Providencia
<i>Jorge M. Blunda</i>	5	La Providencia en las Sagradas Escrituras
<i>Olivier Boulnois</i>	20	Nuestro concepto de Dios y de la Providencia
<i>Mons. Peter Henrici</i>	31	La Providencia de Dios en nuestra vida
<i>Clara Gorostiaga</i>	42	Providencia y vocación
<i>Luis M. Baliña</i>	48	Los pobres, testigos de la Providencia
<i>Ma. Luisa Malbrán</i>	54	La Providencia del más pequeño
<i>Federico Peltzer</i>	71	Algunas manifestaciones de la Providencia en la literatura española
<i>Guy Bedouelle</i>	82	Cine y Providencia: Tarkovski, Subiela y Kieslowski

Nuestro concepto de Dios y de la Providencia

Olivier Boulnois *

Núcleo Teológico

1. Evitar algunos presupuestos

Estos análisis tienen, finalmente, un presupuesto paradójico: para que Dios permanezca inocente del mal, hay que construir un espectador indiferente, un Creador que abandona la creación y la historia, lo que significa considerarlo como la fuente indirecta del mal en la historia, y finalmente tanto más responsable. Y sobretodo, esta justificación vacía de su sentido la fe cristiana, que reconoce en su corazón un Mesías inocente y sufriente.

La Escritura misma afirma la inocencia de Dios en el libro de la Sabiduría: “El todo lo creó para que subsistiera, las creaturas del mundo son saludables, no hay en ellas veneno de muerte” (Sab. 1,14); “por envidia del diablo entró la muerte en el mundo” (2,24). Sobre este punto, el análisis filosófico de Agustín y de Tomás parece insuperable: no se puede decir que Dios ha querido el mal, el sufrimiento y la muerte, incluso si se inscriben en nuestra naturaleza histórica. El mal no viene de la envidia de Dios o de un creador maligno, sino de la libertad humana. Y sería un error creer que Dios es directamente causa de todo lo que nos ocurre, como si la providencia no pasara

* Profesor en l'École Pratique des Hautes Etudes, autor de varios estudios sobre Duns Escoto, Miembro del consejo de redacción de la edición francesa de *Communio*.

por el orden de la naturaleza y por la libertad humana, como si la causa primera provocara un corto circuito de las causas segundas. Pero ¿se sigue de ello que Dios se desinterese del destino de los hombres?

Recordemos, también, que estos pasajes son equilibrados por otros: "...yo modelo la luz y creo la tiniebla, yo hago la dicha y creo la desgracia, yo soy Yahvé, el que hago todo esto" (Is. 45,7); "¿cae en una ciudad el infortunio sin que Yahvé lo haya causado?" (Am. 3,6). Aquí la producción de las tinieblas y del mal es puesta sobre el mismo plano que la de la luz y el bien, mientras que todo el esfuerzo de la teología desde Agustín ha consistido en hacer del mal un efecto indirecto, diferencial, pero no querido por Dios. ¿Podemos contentarnos con entender estos textos como una interpretación profética, que anuncia el cortejo de calamidades de Dios a un pueblo adormecido en las blanduras de la monarquía? Estos textos, si bien evidentemente no pueden ser comprendidos en el sentido de un Dios maligno, nos advierten por lo menos de no someter a Dios a nuestra idea de bien. Nos invitan también a reconocer que hay una distancia entre el mal que hacemos, y lo que es debido a nuestra libertad, y el mal que sufrimos, que se explica quizás por las necesidades de nuestra naturaleza.

En fin, ¿en nombre de qué lógica se pretende mantener a Dios inocente del mal? La empresa supone que el hombre someta a Dios a condiciones: al comienzo se ha hecho comparecer a Dios delante de un tribunal, y uno se supone capaz de sospecharlo (en un primer tiempo) y de absolverlo (en un segundo tiempo). La sospecha supone que se parte de una concepción filosófica pagana de la providencia divina, a la cual se agrega una exigencia infinita de satisfacción inmediata de nuestros deseos. Así, se comienza por proyectar una concepción falsa de la omnipotencia (que no es el poder de hacer todo, sino de gobernar el mundo y la historia hacia la salvación), y una omnipotencia fantasmagórica, sobre un concepto abstracto de Dios. Y se ha abdicado de la libertad humana, renunciando a nuestras responsabilidades. La absolución implica que se considera a Dios como un objeto exterior, sometido a nuestra razón y a nuestro juicio,

como si nosotros fuéramos superiores a El, sin reproches y sin faltas. Significa que se ha hecho del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, lo que Nietzsche llamaba un “Dios moral”, es decir, un Dios conforme al edificio de nuestros valores y nuestros juicios morales. En el caso, esto supone que querríamos que Dios se conformara a la idea que nos hacemos del bien. Pero pensar así, ¿es pensar rectamente sobre Dios? ¿No habría que volver más aquí de las teodiceas y repensar más profundamente lo que significa la providencia divina?

2. La providencia cristiana como drama

Esta lógica imparable nos empujaba a elegir entre providencia y teodicea: o bien abandonar la justicia de Dios, y mantener su omnipotencia, o bien declararlo inocente del mal en la historia, y abandonar la providencia. Para evitar esta contradicción insostenible entre los atributos divinos, parece necesario volver más acá de esta construcción lógica, y volver a las fuentes bíblicas de la noción de providencia.

Una primera etapa es aquí la posibilidad de una resistencia de las libertades a la providencia. No olvidemos que antes de Hegel, desde los Padres hasta la Edad Media, el fin de la historia se presentaba como marcada por el acontecimiento cierto pero imprevisible del Anticristo¹. En la Escritura, la providencia se presenta no como una maquinaria irreversible donde las fuerzas humanas progresan hacia el advenimiento del Reino, sino como un drama donde ella se encuentra siempre confrontada con aquello (o aquel) que le resiste.: el Adversario (*katechon*, II Tes. 2,4), expresión misteriosa que designa una fuerza libre que retarda el fin de los tiempos y le impide realizarse plenamente. Este término implica la posibilidad de una libertad malvada que resiste a la providencia divina. Nos obliga a abandonar el horizonte de Hegel y Marx, y a pensar una providencia que no sea una simple teodicea desplegada en la historia.

¹ Por ej. Aymon de Halberstadt, PL 1771,779; Buenventura, *Hexaemeron* XV, expone los doce misterios del Anticristo (Tr. fr. *Les six jours de la création*, Paris, 1991, pp. 337-351).

La escatología no es un progresismo: designa la proximidad inmediata de nuestro fin último. Es precisamente porque el Reino está cerca que la resistencia de la libertad se desencadena contra él (“*Han aparecido muchos Anticristos. En esto conocemos que es la última hora*”, 1 Jn. 2,18). Para el cristiano, la venida, la crucifixión y la resurrección de Cristo son actuales aquí y ahora, en una presencia ofrecida tanto a la aceptación como al rechazo de nuestra libertad. ¿Pero hace vana nuestra invocación a la providencia este fin siempre invisible e inminente?— No, si se piensa en la bipolaridad Cristo/Anticristo: éste es como una fuerza que retiene el fin, en tanto el cumplimiento del bien o el mal absolutos son tenidos en jaque en un drama².

Es sólo así que la providencia no se confunde con la teleología de Hegel. La providencia es entonces la acción del Espíritu, de la gracia divina, sobre un modo bien diverso que la disposición visible de las cosas del mundo. El hombre es entonces invitado a estar disponible, abierto por su propia decisión a la decisión divina de la gracia que no es de este mundo. La providencia, confrontada al mal radicalmente libre, no lleva y acompaña el sistema del mundo, sino la libertad humana.

Según Pablo, el amor de Dios orienta todas las cosas en vista del bien de aquellos que quiere salvar: “*Sabemos que en todas las cosas interviene Dios para el bien de los que le aman, de aquellos que han sido llamados según su designio. Pues a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera El el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a éstos también los justificó; a los que justificó, a éstos también los glorificó (Rom. 8,28-30)*”. Si se toma este texto en todo su rigor, implica un cambio de las prioridades en relación con la providencia de los filósofos. Ciertamente, según este texto, todo es para el bien (*omnia in bonum*, dice el la-

² Carl Schmitt decía que el pensamiento del Adversario es la “sola posibilidad de comprender la historia, en tanto que cristiano, y de encontrarla útil” (*Drei Stufen historischer Sinnggebung*, Universitas, 1950, pp. 927-931).

tín; Juliana de Norwich dirá “todo es bien”). Esto no significa que todo es para lo mejor en el mejor de los mundos, sino que la bondad divina orienta todas las cosas en vista del bien de los hombres que el amor divino elige libre y soberanamente: es la misteriosa “predestinación”. Lo que aquí es primero es el amor de Dios, que va delante del amor de los hombres. Dios llama a la salvación y a la justificación “a aquellos que ha conocido de antemano”, ya que son “aquellos que lo aman”. Así “la predestinación”, es decir, “el designio” divino de salvación, el don de un destino bienaventurado a aquellos que Dios ama, es primero en el orden de los fines. La providencia, o el “curso de todas las cosas”, no es sino un medio en vista de este fin. Y este destino “conocido de antemano” consiste esencialmente en una conformidad con Cristo. Se trata para los fieles de Cristo en convertirse en imagen de Cristo, otros hijos de Dios después del Primogénito. Si la providencia conduce a la predestinación, ella no lleva sino a Cristo, y no permite seguir otro camino que El. Cuando Dios promete a los hombres el bien, no les ahorra males.

Para ser fiel a las observaciones de Pablo y para evitar con anticipación las dificultades de toda teodicea filosófica, habría que desanudar el lazo que ha ligado tres problemas: la perfección divina, el mal cometido por el hombre, el mal sufrido por él. Habría que comprender la providencia en el horizonte del amor de Dios por el hombre, en el interior mismo de su predestinación³. El hombre es responsable del mal (y del bien) que comete, y no puede descargar su responsabilidad en Dios. Se evita justificar el sufrimiento haciéndolo responsable de él. No se quita el escándalo del sufriente inocente, ni tampoco la cruz de Cristo que es el modelo.

Tercer punto de referencia: no se puede más comprender esta providencia como si Dios permaneciera indemne, indiferente a los sufrimientos del hombre, como es el caso de las teologías filosóficas. Tampoco se puede admitir que Dios se agote en el sufrimiento del mundo hasta su autonegación (Hegel), lo que conduce lógicamente a

³ K. Barth, *Dogmatik*, III/3, Zürich, 1961, p. 4.

la muerte de Dios.. Importa recordar que Dios entró en la historia para luchar contra el mal y sufrir sus golpes. Se deberá así medir el compromiso libre (y no necesario) del Absoluto en la historia, a través del Hijo. Importa también no ignorar la vuelta a la serenidad del Padre. Así, para pensar una providencia cristiana hay que partir, no de la esencia divina, ni del hombre y sus necesidades, sino de la Trinidad, del juego de amor entre la providencia del Padre y el don del Espíritu, central en los textos evangélicos sobre la providencia divina. Es en el interior de este espacio donde se puede situar el lugar dejado en blanco por Aquél que habla por excelencia; es allí que se puede encontrar el lugar de Cristo y ver el modelo del nuestro.

3. Cristo y la providencia del Padre

Las doctrinas de la providencia que no están centradas en la libertad de las personas divinas no pueden concebirla en un sentido verdaderamente teológico (trinitario y cristológico). En Hegel, el necesario despliegue del absoluto, que entra en la historia negándose a sí mismo, implica que todo lo negativo es recuperable en positivo (por la negación de la negación). Pero este sistema coherente no permite comprender la contingencia de las libertades comprometidas en el mal o luchando contra él, ni admitir que existe un sufrimiento que no tiene sentido.

La providencia no aparece verdaderamente como acción de la libertad divina sino desde el punto de vista de la cristología. Sólo la vida de Cristo hace aparecer el atributo de la providencia en toda su riqueza. Ya que el Hijo mismo es la providencia del Padre: *“todo aquél que se declare por mí antes los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos”* (Mt. 10,32). La libertad de Dios interviene en la historia por la persona de Cristo, donde culminan todos los beneficios de Dios hacia su pueblo. Su providencia se abaja libremente encarnándose, se vacía de su divinidad, para comprometerse en la acción: perdonar, curar los enfermos, proclamar la salvación, sufrir la resistencia incomprensible de las libertades hostiles, y finalmente soportar el sufrimiento y la muerte. La pro-

videncia cristiana no es simplemente un atributo esencial de la divinidad, es primero la providencia de Cristo que se pone del lado de los hombres.

Allí se invierte la objeción contra la providencia: lejos de haber ignorado el sufrimiento de los inocentes, Dios vino a llenarlo con su presencia: “No hay un mar más profundo que este designio de Dios que permite que los malos sean prósperos y los buenos sometidos a la prueba; nada es tan profundo, nada es tan abismal; allí naufraga todo infiel: en esta profundidad, en este abismo. ¿Quieres pasar por este fondo? No saltes fuera de la Cruz (*lignum*) de Cristo; entonces tú no te hundirás. Tómate a Cristo (...)El mismo, para esto, ha querido ser puesto a prueba en la tierra” (*Enarrationes in Psalmos* 91,8; PL 37,1176). El enigma del mal no es disipado, pero es habitado por Cristo.

La providencia se ilumina también desde el punto de vista de la teología trinitaria. La benevolencia divina se manifiesta concretamente, a través de la providencia de cada persona, y en sus tres libertades. El Padre quiso la salvación del mundo, y de toda la humanidad, en su Hijo y por su Hijo. No quiere sino el bien, desea que todos los hombres sean salvados, y no quiere la muerte del pecador. Incluso si prevé desde el comienzo la libertad de lo finito, no puede resignarse a la pérdida de la creatura, al mal y a la muerte. La providencia se presenta así como un don de sí, donde el donante sabe dar y desaparecer delante de la libertad del otro: el Padre desaparece delante del Hijo, Dios deja al otro recibir el don en una verdadera libertad. Es porque la providencia se dona ya en la libertad divina que hay una libertad de Hijo. La providencia designa una libertad impensable desde el comienzo, porque ella sobrepasa toda la bondad que podríamos imaginar, y ella se lleva a cabo por caminos insospechables, y aún bajo las apariencias contrarias del fracaso, del sufrimiento y del duelo, –pruebas que Cristo ha encontrado. Pero si el Padre dona su Hijo y le da la libertad para cumplir su voluntad de salvación (su providencia), esto implica una distancia entre la libertad del Padre y la libertad del Hijo. Hay un momento en que se oponen “mi voluntad” y “tu voluntad”, un momento en que la providencia

del Padre es inaccesible, incomprensible al Hijo. Esta situación se traduce en la experiencia de la noche, *experiencia interna de las tinieblas* que aprisionan al pecador –la pérdida del Padre, y con El de toda luz. El Hijo acepta el soportar la invisibilidad del Padre y de su providencia. Así, para el Hijo abandonado, el sin-sentido absoluto viene a agregarse al fracaso completo de lo que ha emprendido. En la Cruz tiene la experiencia auténtica del abandono por el Padre⁴. Muere *en el abandono de Dios* (Mt. 27,46; Mc. 15,34). Por tomarla consigo y por llevarla verdaderamente, el Hijo conoce desde el interior la situación del hombre a quien se le oculta la benevolencia divina.

Incluso, en un primer momento, la voluntad del Padre es rechazada por el Hijo (“aleja de mí este cáliz”), antes de ser reconocida y aceptada: “que no sea mi voluntad sino la tuya” (Mc.14,36). La culminación de la providencia se realiza en el corazón de la angustia y de la prueba, cuando la libertad del Hijo acepta el abandono por voluntad propia. El Hijo entonces consiente libremente en ofrecerse por la salvación del mundo: su alimento consiste en hacer la voluntad del Padre (Jn. 4,34). La providencia se cumple reconciliando la libertad imprevisible que no se puede someter a una necesidad exterior y la necesidad superior –espontánea– de don de sí por el Hijo. En esta unión de contrarios –necesidad y libertad– la providencia divina excede todo saber humano⁵.

Pero a su vez hay que volver a pensar a su vez esta providencia hacia Cristo en una perspectiva trinitaria. Es la influencia del Espíritu Santo que empuja a Cristo a darse, a devenir providencia para los hombres. Es igualmente el Espíritu Santo, lo hemos visto, que El promete a los hombres para ayudarlos, cuando haya que confesar la fe en las persecuciones, que Dios estará a su lado para de-

⁴ Ver especialmente, H. U. von Balthasar, *Pâques le mystère; Theodramatik IV*, (Einsiedeln, 1983); y el comentario de A. Birot, *Drame divin, côté Père*, *Communio* XXV,4 (156) pp. 97-114.

⁵ Como lo dice Hans Urs von Balthasar, que toma la palabra de Schelling, la categoría que nos sirve para pensar a Dios es la de impensable (*unvordenklich* “lo que no se puede pensar con anticipación” - la palabra no tiene aquí su habitual sentido de inmemorial) *Theodramatik*, II/2, 171-172).

fenderlos e inspirarles las palabras que convienen. Y es también el Espíritu Santo quien actúa en la historia y le permite, a pesar de los fracasos y de los crímenes trágicos, hacer de ella una historia santa.

La providencia debe ser pensada entonces como un drama de amor, el drama del amor divino en la historia humana, un drama ya asumido por Cristo. La tragedia de amor de la Cruz es el eco, en nuestra historia, del drama del amor divino vivido en el plano eterno, en el cual, dándonos a su Hijo, el Padre nos da todo.

4. El hombre en la providencia divina

El discípulo no es más que el maestro. La manera en que Cristo encarnó en sentido propio la providencia, ha de servir a los hombres de modelo para vivir, en la medida de su capacidad, de la providencia. Los hombres pueden esperar, entonces, que no les serán ahorradas, ni el desencadenamiento de la hostilidad, ni la violencia, ni el sufrimiento, ni la muerte. Las realidades creadas e históricas, en toda su dimensión trágica (rechazo de la voluntad divina, abandono lejos de toda consolación que hace presente la providencia, sufrimiento y muerte), son llevadas, englobadas y sobrepasadas por el proyecto divino de salvación por todos. Cristo ya las ha asumido y consecuentemente las ha salvado. La providencia no es ni indiferente, ni triunfal, su meta no es ni proteger cómodamente nuestro cuerpo ni protegernos de hacernos sufrir el mal. Ella busca más bien el bien esencial de los hombres. Pero no nos lo da sino a nuestra medida, que es la libertad. Dios espera de nuestra acción que realice para el otro lo que necesita. Es entonces por la libertad que podemos hacer el bien, dejándonos mover por el Espíritu como Cristo. ¿No podría evitar el discípulo el consentimiento a lo incomprensible que su maestro aceptó?

El hombre debe situarse frente a tres imágenes de la providencia: –una providencia que remienda o emparcha, que interviene para salvar al hombre cuando se encuentra en la carencia y la desesperación, –una providencia moral e histórica, donde los progresos de la historia conducen hacia futuros luminosos; –y en fin una providen-

cia actuante en lo más íntimo de nosotros mismos, propuesta a nuestra libertad, tanto en nuestras acciones como en nuestros sufrimientos. Esta última versión, la más justa, supone que la providencia se realiza en la libertad humana. Ella da a cada hombre la responsabilidad infinita de ser instrumento de la benevolencia divina hacia el otro.

De esto se derivan varias conclusiones:

1. Importa recordar que Dios, lejos de retirarse en un cielo estrellado, inaccesible encima de nuestras cabezas, se encuentra presente en cada circunstancia de la vida concreta de los individuos. No podemos vivir bajo la mirada de Dios, si no pensamos que esta mirada es acompañada de un socorro que ayuda. Hemos de representarnos a Dios, no como un ojo, sino como una mano⁶.
2. La providencia está orientada por el amor que es la esencia de Dios, pero que también es sello de libertad. Voluntad libre, ella no es pensable con anticipación, situada más allá de nuestras necesidades inmediatas. Nos llama a sobrepasar el fantasma de una omnipotencia al servicio de todos nuestros deseos.
3. La providencia se ejerce en el corazón de las voluntades humanas, por la colaboración entre nuestras libertades y el amor de Dios, y en el combate contra el pecado. Ella constituye, frente a los poderes de las tinieblas, uno de los polos que hacen lo trágico del drama humano.
4. La providencia no es entonces la exención de todo mal –ni físico, porque ella trata de la salvación del alma y no del cuerpo– ni moral, porque nuestra libertad y la del otro es responsable. La providencia no excluye la experiencia del abandono y del sometimiento a las potencias del mal, que Cristo mismo sufrió. El mal no ha de ser integrado en una teodicea, sino combatido. No es del orden de la teoría, sino el objeto de nuestra práctica.

⁶ Calvino, *De aeterna Dei praedestinatione*, 1552, CR 8, 347.

5. En tanto se encarna en nuestras libertades, la providencia se presenta, no como un indicativo, sino como un optativo, no como un enunciado de hecho, sino como un anhelo. Ella es el objeto mismo de la oración del Padre Nuestro; "...Que tu voluntad se haga, danos hoy nuestro pan, etc"⁷. Y ella se realiza cuando hacemos lo que decimos, volviendo hacia otro la benevolencia que recibimos de Dios (perdona nuestras ofensas *como nosotros perdonamos también a aquellos que nos han ofendido*.) La providencia nos obliga hacia el otro en la proporción en que ella nos promete a nosotros.

Nuestro mundo no es ni el mejor de los mundo posibles, ni el peor. Es simplemente trágico. Pero esto no obsta a que, como dice Pablo "Todo colabora al bien".

Traducción: P. Alberto Espezel

⁷ J. Y. Lacoste, *Providence*, Dictionnaire Critique de Théologie, Paris, PUF 1998, p. 950-952.